

TEMPESTAD EN UN TAZÓN DE SOPA DE ARROZ

FLORA BOTTON BEJA
El Colegio de México

EN SEPTIEMBRE de 1989 apareció en un diario de Beijing la carta de un lector donde criticaba duramente un cuento premiado. El autor del cuento entabló una demanda en contra del diario, alegando que tal lector no existía y que la carta era, en realidad, un subterfugio para criticarlo a él y a su cuento, y que lo expresado en ella constituía una calumnia basada en falsedades. Por todo lo anterior, él exigía una fuerte compensación económica por daño a su buen nombre y por el perjuicio a su trabajo como escritor. Nada de todo esto resultaría muy extraño si no fuera porque la persona de quien se trata la controversia es el escritor chino Wang Meng —quien a consecuencia de los acontecimientos de la plaza Tian An’men había sido recientemente destituido de su puesto como ministro de cultura—, y también porque en China una acción legal de esta índole es un hecho insólito.

No era ésta la primera vez que Wang Meng se encontraba en el centro de una controversia. En 1956, cuando apenas contaba con 22 años de edad, confiando en la aparente liberalización del periodo de las “cien flores”, publicó el cuento “Un joven recién llegado al departamento de organización”¹ en el cual se describía de un modo crítico a los “cuadros” del Partido Comunista Chino (PCCh). Este cuento, publicado en *Renmin Wenxue* (Literatura Popular), provocó una avalancha de reacciones más políticas que literarias y fue considerado por algunos como un ataque al partido mismo. La revista *Wenyi Xuexi*

¹ Wang Meng, *Cuentos*, México, El Colegio de México, 1985, pp. 151-182.

(Estudios Literarios), donde dio comienzo la polémica, recibió más de 1 300 opiniones sobre el cuento en un periodo de tres meses. Muy pronto, al iniciarse la campaña antiderechista durante la que fueron perseguidos muchos intelectuales, Wang Meng fue desterrado a la lejana provincia de Xinjiang y durante veinte años no se volvió a publicar ninguna de sus obras.² El exilio no neutralizó la capacidad creativa de Wang Meng, quien siguió escribiendo y esperando mejores tiempos. El contacto con el pueblo uigur, la minoría étnica de origen turco que habita en Xinjiang, le permitió al escritor enriquecer su mundo, conocer una cultura diferente y tomar conciencia de la diversidad de su país.³

En 1977, después de la muerte de Mao y de la caída de la facción más radical en el poder, Wang Meng, al igual que muchos otros intelectuales, fue rehabilitado y se le permitió regresar a Beijing.

El joven, cuyo primer intento en la literatura había sido más un éxito por el escándalo que un éxito literario, se había transformado en un escritor maduro y seguro de sí mismo. Sin embargo, en algunos aspectos había una clara continuidad entre el que apuntó un dedo acusador hacia la burocracia corrupta o indiferente y el que, una vez más, salpicaba sus cuentos con notas amargas sobre una realidad que debiera ser mejor y sobre seres humanos que más que buenos o malos son débiles o fuertes, víctimas o forjadores de su propio destino.⁴

En 1979 Wang Meng ya era un escritor prolífico y conocido tanto por la temática de sus escritos (la novela *Viva la juventud* y muchísimos cuentos y ensayos) como por un estilo que se antojaba novedoso y algo atrevido dentro de un contexto literario poco preparado para la experimentación. Una característica de la obra de Wang Meng es que ésta se aparta de aquellos patrones que convierten a la literatura en un pan-

² Flora Botton Beja, "Wang Meng y la nueva narrativa china", *Estudios de Asia y África*, vol. XIX, núm. 2 (60), México, El Colegio de México, 1984, pp. 193-194.

³ *Selected Works of Wang Meng, I, The Strain of Meeting*, Beijing, Editorial de Lenguas Extranjeras, 1989, pp. 373-375; y Wang Meng, *The Butterfly and Other Stories*, Beijing, Panda Books, 1983, p. 16.

⁴ F. Botton Beja, "Wang Meng y la nueva...", art. cit., p. 195.

fleto político. Sin rechazar el compromiso político ni el deber hacia los más humildes, Wang Meng insiste en que el oficio de escritor consiste en manifestar todo eso de un modo peculiar: el literario. Como dijo en una entrevista: “La literatura es, ante todo, un arte; debe abrirle al público el mundo artístico. No es un mero pretexto para una crítica social.”

En la temática de Wang Meng se combinan lo cotidiano, lo trivial y lo banal, con referencias a un pasado en el cual muchos experimentaron la crueldad, otros la humillación; en donde muchos sueños fueron quebrados. El dolor de los que fueron perseguidos durante los años de la campaña antiderechista o de la revolución cultural es mayor que el de los que fueron perseguidos por el régimen anterior, el del Guomindang, porque fue una persecución durante la que no existía un ideal al cual aferrarse. Este aspecto de la temática de Wang Meng lo ubica entre los escritores que produjeron la denominada “literatura de los heridos” que, por un lado, describe el sufrimiento de la época de la persecución y, por el otro, comienza a señalar problemas que aquejan a la sociedad actual: la pobreza, la enajenación, la desilusión ideológica, la corrupción, etc. Sin embargo, y a pesar de todo, Wang Meng ha sido capaz de conservar un tono optimista, que a veces puede parecer ingenuo, tal y como se percibe en su cuento largo “Saludo bolshevique”,⁵ donde los antiguos perseguidos ven con optimismo el futuro y reiteran su fe en la revolución y el partido.

El nuevo éxito de Wang Meng, quien esta vez cuenta con mayor legitimidad como escritor maduro y consagrado, no lo eximió de críticas y de ser, una vez más, el blanco de una controversia político-literaria. Para algunos, su caracterización de ciertos personajes es demasiado negativa y su insistencia en señalar las debilidades de los “cuadros” del partido, injusta. Para otros, el estilo novedoso que utiliza el escritor, el uso de la técnica del *flashback*, del “fluir de la conciencia” y de la exploración psicológica de los personajes, se antoja extraña, de-

⁵ Flora Botton Beja, “El dilema de un escritor chino”, *Revista de la Universidad Nacional Autónoma de México*, vol. 45, núm. 479, diciembre de 1990, pp. 61-63.

cadente y extranjerizante. En periódicos y revistas literarias se han publicado varios artículos donde se ataca a Wang Meng;⁶ sin embargo, también ha tenido admiradores que defendieron su derecho a innovar.⁷

La polémica iniciada en 1979 siguió hasta al menos 1982 y fue perdiendo fuerza al afirmarse en China la corriente reformista que permitía mayor libertad de expresión. En los años siguientes, la carrera de Wang Meng ya no tuvo estorbos y se le aceptó como un miembro del *establishment*, aunque un poco irreverente y original. En 1982 viajó a Estados Unidos y México y fungió como vicepresidente de la Asociación de Escritores Chinos. En 1985 fue elegido miembro de la Asamblea Nacional Popular y miembro permanente del Comité Central del PCC. Apoyado por el secretario del partido, Hu Yaobang, fue nombrado ministro de Cultura en 1986 y su mandato, que duró hasta septiembre de 1989, no estuvo exento de críticas por parte de elementos conservadores que le reprochaban su apertura hacia los extranjeros y su disposición de apoyar proyectos controvertidos, como fue la filmación de la película *El último emperador*, de Bertolucci, en la Ciudad Prohibida.

A pesar de la existencia de señales inquietantes, probablemente Wang Meng se sintió seguro y firme en un puesto como el suyo que le permitía contribuir a la apertura cultural de China. Confiado en que la historia de represión no se iba a repetir sobrevivió a la destitución de su protector, Hu Yaobang, en enero de 1987 y al subsecuente endurecimiento provocado por las cada día más frecuentes manifestaciones estudiantiles. En mayo de 1989, al ser entrevistado con motivo del aniversario del movimiento del 4 de mayo, ocurrido en 1919, Wang Meng no dudó en decir que “hablando con fran-

⁶ Véase Wang Meng, *Yedeyan ji qita* (Los ojos de la noche y otros), Guangdong, Editorial Huacheng, 1981; los artículos de Ji Yunyon, *Huanmienzbede weimode beiliang* (La tristeza nimia de los desesperados), p. 356, y el de Chen Zhuntao, *Fajue renwude neishin shijie* (Explorar el mundo interior de los personajes), p. 337.

⁷ Liu Shaotang, “Wo kande Wang Mengde xiaoshuo” (Los cuentos de Wang Meng que he leído), *Wenxue Pinglun* (Comentarios Literarios), núm. 3, 1982, p. 61.

queza, se puede decir que China no es democrática, o al menos le falta democracia en muchos aspectos”, a lo que agregó:

Las ideas feudales que se encuentran en las mentes de la gente, no pueden ser eliminadas por ataques feroces o gritando algunos eslogans [...] En todos los ámbitos encontramos aún ideas autocráticas, mentalidad patriarcal y subordinación personal [...] Construir la democracia llevará mucho tiempo y no se llevará a cabo con movimientos de crítica y repudio.

Finalmente, reiteró su convicción de que los intelectuales chinos debían conocer y conservar su tradición y, a la vez, abrirse al conocimiento del mundo exterior y que cada persona debía elegir libremente un camino propio para desarrollarse.⁸

Sin embargo, los acontecimientos de mayo de 1989, que culminaron con la masacre de la plaza Tian An'men el 4 de junio de 1989 y la marginación del primer ministro Zhao Ziyang, sorprendieron a Wang Meng como a tantos más y la consecuencia lógica del giro conservador del gobierno fue su destitución como ministro de Cultura en septiembre de 1989. Una vez más el escritor quedaba en una posición de vulnerabilidad ante los ataques de los conservadores pero, sorprendentemente, esos ataques tardaron casi dos años en llegar.

A principios de 1989 se publicó en el número dos de la revista *Escritores Chinos* el cuento “La dura sopa de arroz” de Wang Meng. Dos años y muchos acontecimientos más tarde, en julio de 1991, la *Revista Mensual de Cuentos* anunció el resultado de su Cuarto Concurso de las Cien Flores (1989-1990), donde “La dura sopa de arroz” resultó ganador del primer premio.

El cuento de Wang Meng seguía una línea que el escritor ya había ensayado anteriormente: la de la sátira. En este tipo de cuentos, Wang Meng emplea un lenguaje rico y lleva hasta los límites de lo absurdo a situaciones y personajes de farsa. El humor algo grotesco de Wang Meng hunde sus raíces en la

⁸ FBIS-CHI-89-089, 10 de mayo de 1989.

tradición literaria y popular china y se inspira tanto en el famoso escritor Lu Xun como en los comediantes de diálogo *xiangsheng*. Como él mismo dice: “Considero el humor como un elemento esencial de la existencia [...] La risa absurda es una clase de protesta en contra de la existencia absurda”.⁹

La historia del cuento es sencilla. En el seno de una familia extendida —siguiendo la más pura tradición china— que está encabezada por un abuelo octogenario, los miembros que la constituyen deciden reformar sus hábitos alimenticios y desayunar comida occidental en vez de la tradicional sopa de arroz con verduras saladas. Después de varios ensayos, enredos y fracasos, y después de intentar imponer en la familia un sistema democrático de toma de decisiones, se dan cuenta que finalmente lo que más les gusta y mejor digieren es la sopa de arroz.

El 14 de septiembre de ese mismo año, el *Diario de Literatura y de Arte* (Wenyi Bao) publicó una “carta de lector”, firmada por un tal Shen Ping, donde se atacaba el cuento y se protestaba porque le hubieran otorgado un premio. Según el indignado lector, el cuento era una sátira política —en la que el abuelo representaba a Deng Xiaoping, el octogenario líder chino— que contenía un mensaje claro, en cuanto a que en China es imposible una reforma si no se cambian las estructuras del poder. El autor de la carta menciona que tal interpretación no había escapado a la visión de analistas de Taiwan y que en una revista de ese país se afirmaba que el cuento era una crítica al régimen chino. “Por lo visto, la intuición política de este editor [de Taiwan] es más profunda que la de muchos otros lectores” afirmaba Shen Ping, y agregaba:

no comprendo por qué algunas revistas precisamente ahora cuando avanzamos a grandes pasos hacia la reforma y la apertura [...] le dan cabida a este cuento y lo premian [...] Me parece que los críticos literarios deberían reconsiderar cuidadosamente sus criterios en la selección de obras literarias para premiar.

⁹ W. Meng, *The Butterfly and Other Stories*, op. cit., p. 20.

El 15 de septiembre Wang Meng contestó enojado a lo que él consideraba como calumnias y falsedades, y acusó al autor de la carta de ser más virulento que el mismo Zhao Wen Yuan (un miembro de la “banda de los cuatro”) cuando en 1966 atacó al historiador Wu Han. Además, el escritor cuestionó el uso de una revista de Taiwan para atacarlo y se preguntó de dónde había obtenido el lector este “material subversivo”. Al defenderse con vehemencia de la acusación de caricaturizar a Deng Xiaoping, señala que tal paralelismo “¿no es acaso una falta de respeto hacia el mismo Deng Xiaoping?”. Finalmente, Wang Meng puso en duda la existencia de tal lector y acusó a la revista *Wen yi Bao* de haberlo inventado para poderlo atacar a él, una práctica bastante común en China. El escritor también le envió la carta a varios escritores pidiendo apoyo y anunciando que apelaría al partido mismo, a la justicia y a la opinión pública con el fin de obtener satisfacción. La demanda por daños y perjuicios que interpuso Wang Meng el 1 de octubre de 1991 en contra del diario *Wen yi Bao*, alegaba que “las calumnias dirigidas hacia mí, un viejo miembro del Partido Comunista, miembro permanente del Comité Central y anterior ministro de Cultura, representan un problema de carácter difícil y de serias consecuencias”. Asimismo, manifestaba su indignación por el hecho de que la crítica estuviera basada en una revista de Taiwan cuya circulación, “según las leyes del país”, no está permitida y hacía notar el carácter político de la crítica: “entre las palabras de Shen Ping no hay ni una sola que analice objetivamente el cuento”. Por todo lo anterior, Wang Meng exigió una disculpa pública y el pago de 10 000 yuanes. Como era de esperarse, la demanda no prosperó y el fallo del tribunal, dado a conocer el 22 de octubre, alegaba que la controversia “sólo se puede entender como una confrontación normal de puntos de vista diferentes y no es del dominio de la competencia de la corte civil del tribunal”. Por lo tanto “este tribunal decide que la demanda de Wang Meng no procede”.¹⁰

¹⁰ Véase Wang Meng, *Jianyingde Xizhou*, Hong Kong, Cosmos Books, 1991, pp. 126-131.

Es poco probable que Wang Meng haya tenido alguna esperanza de ganar el pleito con argumentos que aun en países donde existen antecedentes de esta clase de acción legal se antojan de poco peso. Además, no corresponde a su historia y carácter la acusación que le hace a Shen Ping de usar material “subversivo” de Taiwan. Entonces, ¿por qué actuó de esta manera? Es posible que al defenderse atacando hubiera querido contener una avalancha de críticas que, según su experiencia anterior, podían llevar, en el mejor de los casos, a una marginación que le impediría seguir publicando y, en el peor, pondrían en peligro su integridad física. Es cierto que los tiempos habían cambiado y que China, más abierta y más expuesta al escrutinio del mundo exterior, no podía permitirse un escándalo que involucrara a un escritor conocido y, además, exministro de Cultura. Al reaccionar con fuerza, Wang Meng esperaba al menos poner un freno a la crítica. Además, es posible que al igual que muchos de sus compatriotas haya sentido que ya no era digno seguir agachando la cabeza y aguantando agresiones sin reaccionar. Ya había perdido demasiados años, toda su juventud, en un incidente similar y si “Un joven recién llegado al departamento de organización” le había valido años de exilio y de olvido, “La dura sopa de arroz” no debería ser una repetición.

La estrategia de Wang Meng dio resultado y la campaña de ataques no prosperó ni rebasó ciertos límites. Hubo algunas críticas más como el largo artículo de Chun Yushi, publicado en septiembre en la revista *Zhong Liu*, donde se repite la acusación de que la intención de Wang Meng, miembro de una élite intelectual, había sido la de criticar las reformas y, de paso, a los viejos líderes. “Este cuento [dice Chun], sin duda alguna ha sido usado como un claro ‘disparo’ con una ‘bala de papel’ en contra de nosotros, los viejos revolucionarios de la clase proletaria.”¹¹ Lo grave de las acusaciones de Chun es el tono antiintelectual que emplea el autor, tono que constituye una reminiscencia de la revolución cultural y que resurgía en

¹¹ *Ibid.*, p. 110.

forma peligrosa con el endurecimiento político, consecuencia del incidente de Tian An'men. La revista *Wenyi Bao* también siguió publicando artículos que expresaban opiniones contrarias al cuento de Wang Meng. La principal crítica que se le hacía era que no había sido del todo honesto cuando afirmaba que su obra no contenía alusiones políticas, y se le reprochaba que había atacado las reformas haciéndose, como dice Wang Changgui, cómplice de los que en 1988-1989 “sostenían la liberalización burguesa y divulgaban a los cuatro vientos la necesidad de ‘reformar radicalmente el sistema’ y la necesidad de que se ‘retire el viejo patrón’”.¹²

Mientras tanto, una editorial de Hong Kong publicó el cuento junto con los comentarios de Wang Meng, una parte de la polémica sobre el cuento, el texto de la denuncia y algunas cartas de apoyo de intelectuales chinos de cierto peso. Aun los que apoyaban a Wang percibieron la intención política de la sátira, pero como le dice el poeta y crítico literario Zhang Guangnian en una carta del 8 de octubre de 1991:

Yo pienso que todo esto tiene su fundamento en la vida cotidiana y emana de la conciencia de un escritor que apoya la reforma del socialismo [...] No entiendo cómo las cartas de los lectores pueden externar una crítica tan severa contra este cuento. Yo encuentro extraño [que una revista publique estas cartas] y lamento lo ocurrido.

Al publicarse en Hong Kong el cuento y toda la polémica que suscitó, la controversia adquirió dimensiones internacionales y lo que en tiempos pasados hubiera sido considerado una traición ahora le daba mayores garantías de inmunidad a Wang Meng.

Volviendo al cuento mismo, ¿hasta qué punto Wang Meng es inocente de lo que se le imputa en cuanto a su intención de crítica y de burla? Es posible que todo lo que se quiso leer en este cuento haya sido exagerado, y que lo hayan usado como

¹² Véase Wei Kai, “Sanshuzhai Manbi” (Tres apuntes literarios), *Wenyi Bao*, 18 de enero de 1992; y Wang Changgui, “Ping Xiaoshuo Jianyingde Xizhou” (Comentarios sobre el cuento “La dura sopa de arroz”), *Wenyi Bao*, 25 de enero de 1992.

un pretexto para atacar a un “liberal” caído en desgracia. Sin embargo, al leerlo con cuidado, salta a la vista que dentro de su tono caricaturesco las coincidencias con la realidad no siempre son producto de la casualidad y que el texto se presta fácilmente a una doble lectura.

En primer lugar, consideremos a los personajes de esta familia extendida en la que coinciden cuatro generaciones que van desde los ochenta hasta los dieciséis años. El abuelo, un jubilado de ochenta años, es indiscutiblemente el jefe de la familia. “Todos estamos contentos, sin embargo, lo más importante es que el abuelo esté contento.” Su posición de liderazgo está legitimada por su avanzada edad, en un país donde el respeto hacia los ancianos no se ha perdido ni aun después de la revolución cultural, pero por sobre todas las cosas porque él representa la generación que sufrió, luchó y fue responsable de los cambios que beneficiaron a las demás generaciones:

El abuelo sufrió mucho cuando era joven. Él dice a menudo: “Ahora siempre hay suficiente comida, la ropa que usamos no está rota, en la casa hay todo lo necesario, los hijos y los nietos viven muy unidos y gozan de buena salud. Antes, ni en las casas de los ricos se podía imaginar eso. No sean frívolos. ¿Acaso saben lo que es el hambre?”

Sin embargo, el abuelo no es un ideólogo, es pragmático: “[El abuelo dijo] que hacer de comer era una cuestión de técnica, no de pensamiento, ideología generacional, de cargos, de poderes, de rango ni de privilegios. Por lo tanto, nosotros no debíamos elegir a un líder sino a un buen cocinero.” (La actitud del abuelo no está muy alejada de la famosa frase de Deng Xiaoping quien decía que no importaba que un gato fuera negro o blanco, lo que importaba es que pudiera cazar ratones.) Es suficientemente abierto para interesarse en las nuevas corrientes y pensar introducir reformas en la familia. “Antes que todos, el abuelo dijo: ‘vamos a reformar el sistema de la familia; convertiremos el gobierno centralista en un gobierno democrático compuesto por un gabinete’. Él se encargó de nombrar el gabinete que fue aprobado por la asamblea...” De cualquier manera el abuelo es un personaje simpático, a pesar de ser algo malhumorado y de que regaña a todos cuando le hacen perder la paciencia como, por ejemplo, su hijo, a

quien primero le encarga las reformas. Éste pertenece a la generación de Wang Meng (alrededor de sesenta años) y es pusilánime e indeciso. Durante toda su vida adulta tuvo que oír y obedecer, sin que se le permitiera tener ideas propias; y cuando se le encomendó la tarea de modernizar la alimentación de la familia fue incapaz de tomar una decisión:

Mi padre toda la vida [...] ha hecho trabajos impuestos por otros y ahora que es el responsable de la gran tarea de organizar la comida, está muy afligido [...] Cuando se topa con el problema de qué marca de té comprar, si de hacer sopa o no, de si cortar la carne en pedazos o en tiritas, siempre va a consultar con el abuelo. En lo que haga o diga, siempre se escuda detrás del abuelo.

Un personaje importante dentro de la familia es la sirvienta, la hermana Xu. Ella es fiel, entrometida y tiene una gran sabiduría práctica. Su relación con la familia sigue un patrón más feudal que contractual, recuerdo del pasado chino, y según el discurso de sus miembros ella es parte de la familia: “La hermana Xu en nuestra casa nos ha dado mucho afecto y atención: es más estimada que los propios parientes y más cercana que los parientes de sangre [...] Nunca la dejaremos después de tantos años de servicio.” Sin embargo, ella conoce su lugar y cuando se intenta ensayar un sistema democrático en la familia, “ella ni se preocupaba ni le importaba no tener el derecho a votar y a ser elegida; además, dijo claramente que nunca más pensaba participar en las discusiones familiares”. Pertenece a la generación del padre y es, tal vez, su contraparte rural. Tiene la mentalidad característica del campesino, poco preocupado por las sutilezas del sistema representativo pero fiel a su amo al que servirá con lealtad mientras su situación material sea satisfactoria: “la hermana Xu, a pesar de ser muy terca, siempre obedece al abuelo. Si el abuelo está de acuerdo ella también lo estará”, y tampoco acepta asumir una responsabilidad, actitud característica en todos los niveles de mando en China: “Cuando la hermana Xu tiene dudas le pregunta a mi padre y como él no toma decisiones, entonces éste va y le pregunta a mi abuelo; después de haberle preguntado, regresa con la hermana Xu y le transmite las palabras del abuelo al pie de la letra.”

El narrador, un cuarentón, pertenece a la generación que creció después de la revolución y que es capaz de seguir la nueva corriente, aunque no se arriesga ni se precipita. Sus contemporáneos son la prima y su marido quien conoce de modos extranjeros y “en los últimos años se ha hecho dos trajes occidentales y ha comprado tres corbatas [...] Tiene mucho mundo, estilo y elegancia, puede decir ‘gracias’ y ‘disculpe’ en nueve idiomas extranjeros”. Si bien el primo es extranjerizante “a la antigua”, es decir, que considera lo extranjero como pauta de buen gusto y de comportamiento civilizado, para el adolescente de dieciséis años, que creció en una situación de privilegio y es pedante y seguro, lo extranjero representa la moda, el futuro, la única opción de China en su búsqueda del progreso y la modernidad. La modernización dentro de la familia se centra en el cambio de alimentación propuesto por el adolescente, quien atribuye la superioridad occidental a la diferente manera de nutrirse y lleva su discurso antitradicional a los límites de lo absurdo:

En todos los países desarrollados la gente consume en promedio siete veces más de proteínas que nosotros... si continuamos así, no podremos alcanzarlos ni en estatura, ni en cuerpo, ni en fuerza, ni en energía ni en espíritu... Si nosotros nunca hubiéramos desayunado sopa de arroz y verduras saladas, sino pan con mantequilla, ¿hubieran podido los ingleses ganar la guerra del opio?... Si después de 1949 nuestros dirigentes hubieran prohibido la sopa de arroz y la verdura salada, y en lugar de todo eso la gente hubiera comido pan con mantequilla, jamón, salami, huevos, yogurt, queso, mermelada, miel, chocolate; entonces el poder del país, el nivel de desarrollo de la ciencia, la tecnología, el arte, el deporte, la vivienda, la educación y la cantidad de coches por habitante hace tiempo que habrían alcanzado los primeros lugares del mundo. Hablando en serio, la sopa de arroz y la verdura salada han sido el origen de nuestra desgracia y de nuestro estancado sistema feudal. Debemos eliminar radicalmente la sopa de arroz y la verdura salada; de no ser así, China ya no tendrá esperanza.

Al ensayar el desayuno occidental,

en la mesa había pan, mantequilla, huevos tibios, leche y café. La hermana Xu y la abuela no querían tomar café con leche y mi tío les dio una idea: para quitarle el sabor extraño al café les propuso dorar cebolla, pimienta roja, canela, anís, cáscara de jengibre, pimienta negra, chi-

le seco y algas, y cuando todo estuviera bien dorado, agregarle salsa de camarón y ponerlo en el café. Lo probé y realmente era más fácil tomarlo así... A los tres días todos estábamos enfermos...

Ante el desconcierto que produce el ensayo de reforma que incide no sólo en la salud sino también en la economía familiar, los miembros de la familia deciden cocinar cada uno por separado. Muy pronto se dan cuenta que no les alcanza el gas y que conseguir más no es fácil en un ambiente de corrupción. “Anteriormente, para resolver el problema del cilindro de gas para uso de toda la familia, habíamos tenido que buscar catorce ‘palancas’, invitar siete veces gente a comer, regalar dos pinturas, cinco paquetes de cigarros y ocho botellas de vino.” Enfermos y muertos de hambre dudan de la eficacia de la reforma: “Unos decían que mientras más reformas se introdujeran, más se complicaría el asunto; lo mejor sería regresar a lo de antes, cuando el abuelo era el gerente y la hermana Xu la encargada de la producción.”

Reacios a volver al antiguo régimen, los miembros de la familia consultan al primo que ha viajado y tiene mundo; él les dice que el problema radica en el sistema, que no es democrático. “El problema central es la democracia... Para cultivar la democracia vamos a votar. Las elecciones democráticas son cruciales; ellas constituyen la base del problema, son el centro del proceso. Vamos a votar todos.” Algunos miembros de familia tienen dudas: “Qué democracia ni qué nada. Durante decenas de años, aunque no había habido elecciones democráticas, comíamos sopa de arroz, verduras saladas y pasta con salsa de soya... Como ya nos llenamos de comida, ahora que no tenemos nada que hacer estamos fregando con la democracia...” Sin embargo vence la tentación de probar algo nuevo. “Ya que hablamos de democracia, vamos a probarla un poco; ya que hablamos de votaciones, vamos a votar un poco; ya que nos reunimos y que el abuelo también vino, vamos a llevar a cabo el ritual...” Los intentos son torpes y los resultados poco satisfactorios. Los miembros de la familia no saben hacer campaña, no emplean el discurso político adecuado y en el fondo prefieren que el abuelo se haga cargo de las decisiones y la hermana Xu sea la que las ejecute.

Al final, cada miembro de la familia elige un camino diferente. El abuelo, el padre, y el nieto (el narrador) permanecen en la casa familiar, en donde "la cantidad de pollo, pato, pescado, carne, huevos, leche, azúcar y aceite que consumimos está en constante aumento" y, sin embargo, se sigue comiendo la sopa de arroz todos los días. El hijo consigue trabajo en una compañía de capital mixto y come toda la comida occidental que quiere; sin embargo, cuando regresa a visitar a sus padres, pide que le sirvan sopa de arroz. Los tíos se mudaron a un departamento moderno con una cocina moderna en donde también hacen sopa de arroz. La prima y su marido van a hacer un posgrado al extranjero y dicen que "aquí lo que más comemos es sopa de arroz con verdura salada... parece que en nuestras células hay genes hereditarios de sopa de arroz y verdura salada..." Finalmente llega a China un inglés, viejo amigo de la familia, a quien tratan de agasajar con comida occidental preparada por un cocinero contratado especialmente, pero aquél protesta:

"No vine de tan lejos para comer comida occidental, o algo que no se le parece en nada y que según ustedes es comida occidental. Les suplico que me preparen algo de comida china tan rica en tradición." No nos quedó más remedio que ofrecerle, muy avergonzados, sopa de arroz con verdura salada. "Qué sencilla, qué delicada, qué agradable, qué elegante. Sólo la comida del viejo oriente puede tener un toque tan misterioso [dijo al probarla el amigo inglés]."

El cuento de Wang Meng ofrece una gran posibilidad de interpretaciones y cada personaje y cada incidente tienen algún parecido con la realidad. Sin embargo, es difícil verlo como un cuento negativo y se puede hacer de él una lectura diferente a la de los críticos chinos. Si bien se habla de algunos aspectos negativos de la realidad china: el autoritarismo de los dirigentes, la corrupción, la manía extranjerizante de algunos, la comprensión a medias de otros sistemas y el error de quererlos adaptar sin entenderlos, no todo está mal, hay un toque optimista que se refleja en la mejoría de las condiciones materiales de la familia, la libertad de cada miembro para elegir su propio camino y el reconocimiento de que hay algunas características culturales que permanecen y persisten a pesar de to-

dos los cambios. El conservar lo propio es importante y es bueno; sin menospreciar del todo el cambio, Wang Meng tampoco niega la tradición. La sopa de arroz es dura y resistente porque es el símbolo de lo que une a los chinos y de lo que los hace diferentes de los demás pueblos.

Wang Meng ya no es ministro de Cultura y, desde 1993, ya no es miembro del Comité Central del PCCh. Sin embargo, sigue escribiendo, publicando y viajando. El viejo fantasma de la persecución que se había asomado ya desapareció y se ha calmado la tempestad suscitada en el tazón de la sopa de arroz. En una China que a pesar de todo ha cambiado, aunque no se acepte la disidencia, la controversia ya no es fatal.

